

Vigésimo Octavo domingo del Tiempo Ordinario C2022

Permítanme comenzar la homilía de hoy con una referencia a una experiencia de vida. En una de las parroquias en las que trabajé, el pastor y yo teníamos la costumbre de celebrar la Santa Misa a la ocasión de la fiesta de "Thanksgiving".

En esa Misa no estábamos acostumbrados a predicar, sino a invitar a la gente a pasar al frente para compartir con la congregación aquello por lo que estaban agradecidos en sus vidas. Seguro que los que tuvieron el coraje de hablar citaron muchas cosas por las que estaban agradecidos. Otros estaban reservados y no querían compartir. Aún otros, considerando su situación y por alguna razón, no vieron por qué estarían agradecidos.

Al final, llegué a mi percepción de que cuando se trata de la cuestión de la gratitud, hay tres tipos de personas. Aquellos que son sensibles a las bendiciones que tienen en la vida y son agradecidos. Aquellos que ciertamente han sido bendecidos, pero lo dan por sentado. Tales categorías de personas tienden principalmente a enfatizar su trabajo duro y sus habilidades. Creen que lo que tienen es el resultado de su trabajo duro y habilidades.

Quizás los nueve leprosos curados del Evangelio, que no regresaron, pertenezcan a esa categoría. Es posible que hayan viajado desde lejos para venir a Jesús o que hayan sido personas valientes que no escucharon los prejuicios de la gente sobre su enfermedad, pero de todos modos fueron a Jesús. Por lo tanto, obtuvieron lo que se merecen o se merecen lo que obtuvieron. El tercer grupo es el de aquellos que, a causa de las experiencias negativas de la vida, piensan que no tienen nada que agradecer.

En el Evangelio de hoy, a través de la parábola de los diez leprosos, Jesús nos invita a abrir los ojos para reconocer que todo lo que tenemos y somos, es un don de Dios para nosotros. Por eso tenemos que estarle agradecidos. Solo un leproso, un samaritano, es decir, un pagano, lo entendió, mientras que los otros nueve no lo hicieron.

La curación de estos leprosos es muy importante y nos enseña algo de Dios que tenemos que resaltar. Primero, tenemos que saber que en el tiempo de Jesús la lepra era una enfermedad incurable. Los enfermos que la tenían estaban excluidos del Templo y de la participación en la vida de la sociedad. Dado que Israel era una sociedad religiosa, todo sanado debía mostrarse a los sacerdotes para que atestiguaran su curación y permitieran su reinserción en la sociedad.

En este contexto, al curar a los leprosos, Jesús muestra que él es el Dios que hace posible lo imposible. Con él los seres humanos pueden recibir integridad tanto física como espiritual. Con él pueden recuperar la integridad de su cuerpo y al mismo tiempo se reintegran a la sociedad disfrutando de todos los privilegios que antes no tenían. Tanta bondad mostrada hacia ellos y los favores recibidos deberían generar en ellos suficiente gratitud al dar un reconocimiento agradecido a Jesús que permitió que esto les sucediera.

Por eso, más allá del problema de la propia curación que todos necesitamos para nosotros mismos, Jesús quiere despertarnos a la realidad de la condición humana. De hecho, la vida es frágil y está rodeada de muchas limitaciones. Necesitamos a Dios para restaurarnos a la salud plena ya la integridad de nuestro cuerpo. Además, solos, sin la intervención y la presencia de tanta gente a nuestro alrededor, la vida es muy precaria.

Por ejemplo, sin la ayuda de nuestros padres que nos cuidaron, no seríamos quienes somos hoy. Sin la amable atención de nuestros médicos que nos atienden cuando estamos enfermos, estaríamos perdidos. Sin el esfuerzo de nuestros maestros que nos han abierto los ojos a la realidad del mundo, nos habríamos quedado ciegos. Sin la amistad de tantas

personas que nos cuidan, la vida sería muy difícil. Sin el amor de nuestros cónyuges y de los miembros de nuestra familia, la vida sería miserable, etc.

Jesús nos da, entonces, la oportunidad de pensar en todas aquellas personas sin las cuales nuestra vida sería miserable y cómo tenemos que estar agradecidos por su existencia para nuestra vida. Por eso, al plantear la cuestión de los nueve leprosos que no regresaron para mostrar su agradecimiento, Jesús nos está advirtiendo contra la ingratitud.

Contra la tendencia a dar las cosas por supuestas, Jesús nos recuerda que la gratitud es un deber que todos debemos tener en el corazón. Por supuesto, es cierto que a veces nos sentimos incapaces de devolver lo que se nos ha hecho; pero la tragedia es que a menudo ni siquiera tratamos de hacerlo.

No debemos olvidar que el primero de los dones que recibimos en el mundo es la vida misma. Como tal, la vida se origina en Dios, quien ha creado el mundo y todo lo que hay en él. Nuestra vida es un regalo de Dios. Si es así, debemos estar agradecidos con Dios porque nos ha dado la vida a través de nuestros padres. Esto es algo que tenemos que tomarnos en serio, porque hay una tendencia a dar las cosas por sentadas o a minimizar el impacto de Dios en nuestra vida, como si todo dependiera de nosotros y de nuestras fuerzas.

Ahora bien, ¿qué puede aumentar en nosotros la virtud de la gratitud? Yo creo que es la humildad y la sencillez. Todos los que son orgullosos están entre los desagradecidos. Piensan que no necesitan a nadie para que su vida tenga sentido. Piensan que tienen suficientes recursos, suficiente fuerza y habilidades que necesitan algo o alguien.

Este fue el problema con Naamán en la primera lectura. Pensó que no podía ridiculizarse hasta el punto de lavarse en el Jordán como Eliseo le pedía que hiciera. Pensó que su país tenía mejor agua que la sugerida por el profeta. Pero, cuando se humilló y obedeció al profeta, todo cambió, fue sanado.

Como puede ver, Dios no nos pedirá cosas extraordinarias para nuestra salvación. Lo que se requiere de nosotros es tan simple como cercano al ridículo, es decir, aceptar ser lavados con agua por el sacramento del bautismo, arrodillarnos ante el sacerdote y confesar que no soy una persona perfecta, alinearme con humildad y devoción de ir a comulgar, sabiendo que lo que recibo es al mismo Señor Jesús. Pero cuando lo hacemos con devoción y fe, somos sanados en el cuerpo y en el espíritu.

Oremos, pues, para que el Señor nos ayude a ser agradecidos con Dios por todas las bendiciones que recibimos en esta vida de su mano. Ofrezcámosle nuestra enfermedad para que nos sane física, emocional y espiritualmente. Pidámosle que nos ayude a permanecer fieles y perseverantes, especialmente en los momentos de dificultad y sufrimiento. Dios los bendiga!

2 Reyes 5: 14-17; 2: 2-4; 2 Timoteo 2: 8-13; Lucas 17: 11-19



Fecha de la Homilía: el 09 de Octubre, 2022

© 2022 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20221009homilia.pdf